

ADIÓS A DIOS

(Capítulo 19 de *Mira por dónde*, autobiografía de Fernando Savater)

*¡No sólo no hay Dios sino que intenta
conseguir un electricista durante el fin
de semana!*
WOODY ALLEN

Supongo que ahora unas páginas dedicadas a la angustia producida por las dudas religiosas de mi adolescencia, seguidas por una nostálgica despedida de la piedad infantil y una madura reflexión escéptica pero abierta a lo infinito, mejorarían el perfil espiritual de estas memoraciones autobiográficas. Siento no poder facilitárselas al benévolo lector, porque serían insinceras y -por razones ya antes señaladas- no me gusta mentir. Además prefiero mantener más bien bajo el perfil espiritual de mis conjeturas personales, dada la sobreabundancia de inspirados sublimes que actualmente padecemos y la dudosa catadura de los que conozco más de cerca. De modo que me resignaré sin aspavientos a constatar que he carecido desde pequeño del tercer ojo, el que otea la trascendencia y nunca se conforma del todo a darla por nula y no avenida. En su *Cuaderno amarillo*, Salvador Pániker comenta amistosamente que soy la persona menos favorecida en ese terreno supraterráneo que él ha conocido y, si de algo vale mi testimonio íntimo, creo que tiene bastante razón. Hace unos años, una señora se me acercó cuando firmaba ejemplares de mis libros en la feria madrileña y me preguntó si yo «era creyente». Para no equivocarme la respuesta, le respondí a mi vez con otra cuestión: «Creyente... ¿en qué?». Mi interlocutora se encogió sonriendo de hombros y me dijo: «Pues en lo corriente». Entonces, ya pisando suelo más firme, le repuse que en efecto creo en lo corriente; en lo que no creo es en lo sobrenatural.

Me faltó añadir que tampoco creo que los que creen creer más que yo sepan en lo que creen. Es decir, que no sólo no soy «creyente» en el sentido religioso del término sino que tampoco creo que los creyentes creen. Un libro reciente que reúne diálogos entre el cardenal Martini y Umberto Eco lleva por título: *En qué creen los que no creen*. A mi juicio, esa pregunta es mucho más fácil de contestar que la insondablemente tenebrosa de «en qué creen los que creen». Supongo que creen que creen, pero el contenido de su creencia es aún menos inteligible que los motivos de su creencia...

Y sin embargo, desde pequeño he sido fundamentalmente crédulo. Siempre he permanecido embozado ante lo improbable, aun- que nunca ante lo imposible, y he asentido con romántica vehemencia a lo maravilloso. Creo en las sorpresas de lo real, en lo insólito, en lo asombroso que ya ha pasado pero procuramos olvidar para no alarmar nuestras rutinas, en lo desconcertante que puede llegar a pasar y que no admitimos para proseguir nuestro mísero concierto, en lo fascinante que espera ser descubierto por un ánimo entero y perspicaz. Creo que la vida es más de lo que conocemos y la muerte menos de lo que tememos, creo que las cosas naturales desdeñan el ahorro y admiten el prodigio, creo en el Yeti y el pulpo gigante, creo en los seres fabulosos, creo que todo ser es más o menos fabuloso y que las fábulas sustentadas en el no ser no sólo carecen de realidad sino de imaginación: creo en hazañas y portentos, aUn- que no en milagros. Incluso podría creer en milagros, si tal creencia no me obligara a creer en quienes los proclaman y rentabilizan... Por favor, uno puede creer en Dios, en el diablo, en la Santísima Virgen, en la Gorgona, en la resurrección de los muertos, pero ¿puede alguien creer en los curas o a los curas? ¿Se puede creer en pastores, obispos, rabinos, muecines o archimandritas? ¿Acaso no se les nota lo que son? Incluso a los buenos se les nota, aunque se nota también que son buenos, no por curas sino a pesar de serlo. Y los peores de todos los curas, los menos creíbles (los más increíblemente curas) son los filósofos empeñados en que el siglo XXI será religioso o no será y en que sólo un Dios puede salvarnos. *Anatema sit!*

Vuelvo a mi infancia, de la que nunca he logrado salir. De niño creí en lo corriente, en lo que se me decía, en las fábulas piadosas de profetas que caminan sobre las aguas (no más raros que el capitán Nemo, que navegaba por debajo de ellas) y en las aventuras *post mortem* del alma, aunque no entendía la gracia contemplativa del Cielo y la chaladura truculenta del infierno nunca me produjo ni frío ni calor. Me gustaban mucho los oficios de Semana Santa, semicantados en latín, sobre todo el momento en que Cristo crucificado murmura: «sitio», tengo sed. Es una réplica casi shakespeariana, como el «desabrochadme este botón» del moribundo Lear. También fui idólatra, vicio pagano que nunca he abandonado del todo: una rotunda imagen del Niño de la Bola que me cedió mi madre presidió durante años mi escritorio sin polemizar con la foto de Bertrand Russell ni con mis recuerdos hípicas.

Como siempre me ha gustado ser minucioso y exacto, las confesiones semanales constituyeron durante mucho tiempo un fastidio morboso. Era por entonces todo un artista de ese género menor pero muy gratificante que es el onanismo y nunca tuve del todo jurídicamente claro si debía fragmentar el pecado en etapas cada una de por sí pecaminosa (búsqueda de la imagen o del párrafo excitante, elección del lugar y del momento oportunos, adopción de la postura inflamatoria -jamás utilizaba las manos, siempre sin manos, como en el circo-, reiteración del estímulo hasta las proximidades del paroxismo y luego pequeño descanso para empezar de nuevo, etcétera) o sencillamente englobar todo el proceso en un único y colosal delito. Dado que unas veces optaba por la enumeración sucesiva de culpables causas

eficientes y otras por la globalización pecaminosa unitaria, desarrollé toda una estrategia para variar los distintos confesores a los que aburrir con mis cuitas sin dejar de sorprenderles. Con todo, mi preferido era el padre Cayo, cuyo nombre le predestinaba a su tarea de profesor de latín, que amén de otras virtudes disfrutaba de una ventajosa sordera, por lo que mis reiteraciones y contradicciones podían molestarle menos que a otros. Cierta día descargué mi conciencia con un cura nuevo, que me recomendó una oración piadosa «para los días de más turbación». Como pronunció las dos últimas palabras juntas, especificó embarazosamente «de más... turbación», insistiendo un par de veces en separar los pegajosos fonemas pero sin lograr nunca obviar el equívoco. A mí me entró la risa floja, que retuve apenas, y en ese mismo momento decidí no confesarme más. Me he mantenido más firme en ese propósito que en el de renunciar a masturbarme...

También por entonces asumí que sólo concedía a las leyendas cristianas que me habían enseñado un estatuto puramente literario, en el cual nada había de deshonoroso, y que situaba al borrascoso Jehová entre Sherlock Holmes y Tarzán, lo cual probablemente era más de lo que merecía. No recuerdo haber sentido ni larga angustia ni pavores ancestrales, solamente alivio y una leve nostalgia, como cuando fui por primera vez a comprar regalos de Reyes al Corte Inglés aceptando así que era imprescindible la mediación humana para que tuviese efectivamente lugar la magia de los obsequios. Quedaba por solventar el problema de los rituales religiosos familiares. Afortunadamente, mi madre ya rara vez nos hacía rezar el rosario juntos (un fastidio insoportable que ahora añoro por los ausentes con quienes entonces lo compartía) pero la misa dominical presentaba un engorro bastante mayor. Con un par de amigos en semejante tesitura, Javier Echeverría y Pablo Fernández Flórez, pacté una solución conjunta: los tres nos íbamos de tertulia a un bar de la calle Gaya la mañana del domingo, haciendo saber a nuestras familias que cumplíamos el precepto dominical juntos. Supongo que nadie nos creyó ni por un momento, o sólo por un momento, pero proveníamos de familias tolerantes que se conformaban con que cubriésemos al menos de palabra las piadosas apariencias. Aquellas tertulias fueron para mí un ritual no menos religioso que la propia misa pero mucho más fecundo e inspirador. Durante dos o tres horas cada mañana de domingo (iya lo largo de bastantes años!) charlábamos sobre todo lo humano mientras se suponía que nos dedicábamos a lo divino. De vez en cuando se nos incorporaba algún otro amigo con inquietudes culturales y capacidad humorística, dones imprescindibles para que la compañía fuese soportable. Tanto Javier como Pablo eran muy brillantes, cada cual en su estilo. En especial Pablo, hijo del escritor Darío Fernández-Flórez, autor de un *best seller* de la época titulado *Lola, espejo oscuro*; creo que Pablo fue el único chico más «leído» que yo de los que conocí y además el de mayor talento literario. Era inventivo, tierno, generoso en ideas y compulsivo en sus obsesiones: luchó consigo mismo y perdió demasiado pronto la batalla que nadie logra ganar. Ahora iba a anotar que murió joven pero me detiene a tiempo lo que Stevenson repuso al médico que le aconsejaba morigeración para no correr esa misma suerte: « ¡Ay, doctor, todos los hombres mueren jóvenes! ». Una mañana despoticábamos contra el clima social impuesto por la dictadura, hablando como siempre en un tono imprudentemente alto. Sobre todo yo, que exclamé con desesperación retórica: « ¡A veces me gustaría ser chino o australiano! ». Desde una mesa próxima, una voz suave comentó: «Yo me contentaría con ser suizo». Pasado el primer sobresalto, vimos que se trataba de un señor mayor, atildado y con un aire gratamente picaresco, al que incorporamos de inmediato a nuestro pequeño pero selecto club. Acertamos, porque José Luis Pastora se convirtió en el más firme puntal de nuestras reuniones: podía haber sido nuestro abuelo pero fue nuestro compañero. Jubilado de un alto puesto en la empresa cristalera Saint-Gobain, reunía todas las virtudes, pues era anticlerical, republicano y había conocido personalmente a Unamuno, Baroja, Valle-Inclán, Ortega, Azaña, Julio Camba y cualquier prohombre de la cultura o la política anterior a la dictadura que pudiéramos desear. Era un conversador estupendo, ameno y agudo, cuyas viñetas orales sobre la sociedad de la España derrotada en la contienda civil nos resultaron de lo más formativo. Después de todo, nosotros veníamos de familias más bien derechistas y éste era el primer «rojo» auténtico con el que teníamos trato... aunque su perfecta sensatez le hiciera muy poco proclive a sublimar episodios revolucionarios que, más allá de la retórica, se revelaron enseguida fatales. Era uno de esos burgueses progresistas e ilustrados, un buen volteriano de corazón, algo poco común en nuestro arriscado país, aunque ellos han fundado la grandeza democrática de otros. Tenía el genio de la anécdota, que siempre he apreciado tanto, ya pesar de que solía repetir las nunca me cansaba de oírse las contar. Todavía echo de menos -quizá ahora aún más que hace treinta años- su buena compañía.

En este apartado no he querido contar la crisis religiosa en mi vida, sino explicar que nunca padecí tal «crisis» religiosa. A comienzos de mi carrera literaria pasé por una etapa de gran interés por el politeísmo clásico (i hasta le puse como segundo nombre Julián a mi hijo Amador, en homenaje al emperador Juliano, cuyo enfrentamiento con el cristianismo me fascinó durante cierto tiempo!) y ese lenguaje legendario me parecía una forma útil de filosofía narrativa. La verdad, nada de eso me llevó muy lejos. Sólo en una ocasión recuerdo haber padecido una experiencia cuasi religiosa o, más bien, una aventura personal a través de la cual entreví el origen de lo que otros llaman «experiencias», o necesidades religiosas. Mi hijo era entonces pequeño, tenía seis o siete años de edad. Pasaba parte del verano conmigo y luego yo lo llevaba en avión a Granada, donde se reunía con su madre. Cosas de padres separados. Nunca había dejado a Amador volar solo, pese a la atención que los niños suelen recibir en esos viajes por parte del personal de cabina: prefería hacer el trayecto de ida con él en el avión, charlando y jugando, para luego volverme inmediatamente sin siquiera salir del aeropuerto, pero seguro de que ya estaba en buenas manos. Un día llegamos tarde a Barajas y ya sólo quedaba una plaza libre: además, el vuelo estaba a punto de embarcar. Me dieron todo tipo de seguridades y no tuve más remedio que resignarme a verle marchar de la mano de la azafata, con su peto identificatorio colgándole del cuello como un escapulario. Iba muy serio y decidido, probablemente hasta emocionado por la

inesperada aventura. Me quedé embargado de orgullo por su coraje infantil, pero ahogándome de angustia, de incertidumbre irracional, de culpabilidad. Mientras le veía alejarse, sentí con fuerza abrumadora la urgencia de rogar una protección superior para él, de confiarle a otro Padre dignamente responsable e infalible, no como yo. Supongo que así nació la fe y la oración, porque yo ese día intenté orar y tener fe en defensa propia, en defensa de lo que más amaba. ¡Qué desesperante es no poder hacer nada por lo que se ama, más que seguir amándolo! ¿Cómo no añorar a Alguien que sirva de refuerzo y garantía de nuestro frágil amor?

Por lo demás, el concepto de lo sagrado me interesó desde muy pronto y me interesa porque alude a la parte de la realidad que, sin ser sobrenatural, tampoco debiera moralmente ser manipulable. Creo que hay cosas que no debemos tocar, valores simbólicos por encima del juicio meramente utilitario: el rechazo a la tortura por ejemplo, o el respeto al azar ya la filiación en nuestro origen que nos veda, sean cuales fueren los avances biogenéticos, el programar huérfanos... o superhombres. Quienes polemizan conmigo en estas cuestiones suelen objetarme que se trata de prejuicios enmascaradamente religiosos y, aunque no creo en la validez de la objeción, tampoco logro refutarla convincentemente. A fin de cuentas, asumo todavía como un logro incontrovertiblemente civilizador parte de la tradición cristiana y su divinidad humanizada, individual y perecedera. Las supercherías eclesiales, en cambio, me repugnan cada vez más. Hace poco, tras una conferencia en que me referí al tema religioso, intervino un clérigo que se excusó sin que nadie se lo solicitara por los crímenes y abusos eclesiales a lo largo de la historia, para luego añadir muy ufano que si la Iglesia había sobrevivido tantos siglos a pesar de ellos, sin duda debía de tener algún respaldo sobrenatural a su favor. No, padre, al revés: que una institución perdure a base de traiciones a su ideario, halagos a los poderosos, bendiciones de ejércitos e inversiones en paraísos fiscales, no tiene nada de prodigioso. Despiadadas y oportunistas, así se lo montan siempre las mafias: cuanto peores son, menos envejecen. Apelan al irredentismo humano, a lo supersticioso y lo cruel, bazas seguras. Pero si una comunidad de fieles que maldijese a los grandes y ayudase a los pequeños, sin jerarquías, practicando la comunidad de bienes y condenando por igual los apetitos de la carne y los del intelecto, hubiera logrado persistir más de dos mil años... ¡caramba, sería para empezar a creer en milagros! Afortunadamente para los escépticos y puede que desafortunadamente para la humanidad, tal cosa no ha ocurrido.

Mientras acabo esta página oigo la noticia de que el Vaticano es el primer Estado que va a prohibir fumar en todo su territorio (aunque no vender tabaco, claro: genio y figura...) .Me parece estupendo. ¡Otra razón más para, a pesar de Miguel Ángel y Rafael, no volver nunca a la Sucia Sede!